13. Rese as 24.1.fm Page 192 Monday, June 25, 2007 1:07 PM

hombre, y Salinas, el poeta, eran esencialmente el mismo" (56). En efecto, como dijo el propio escritor refiriéndose a Rubén Darío, "no hay hechura del hombre que no provenga de su vida".

Mar Argenti
Universidad de Navarra

Ospina, William. *Ursúa*. Bogotá: Alfaguara, 2005, 478 pp. (isbn: 9587043405)

La primera novela de William Ospina, todavía no editada en España, recrea la vida del conquistador Pedro de Ursúa desde su adolescencia en el valle de Baztán hasta su asesinato a orillas del Amazonas. En realidad, al tratarse de la primera de una serie de tres, la novela se centra más en sus años de juventud, en los que llevó a cabo expediciones de conquista en el territorio de Nueva Granada (actual Colombia) a las órdenes de su tío el juez Miguel Díaz de Armendáriz. Tras caer en desgracia el tío, Ursúa se ve obligado a huir hasta Panamá, donde consigue ganarse el favor del marqués de Cañete, que iba camino del Perú a ocupar el puesto de virrey, quedando abiertas las puertas para las futuras aventuras de Ursúa en el virreinato peruano, objeto de otra de las novelas de la saga.

La novela aporta una visión de conjunto de la conquista del continente sudamericano desde el punto de vista de una historia "contada". Ospina presenta la vida de Ursúa a través de un narrador mestizo, veterano de la expedición de Orellana y compañero de Ursúa desde su encuentro en Panamá, que años después escribe sus memorias. Al referirse a hechos protagonizados por Ursúa antes de llegar a Panamá (lo que supone la mayor parte de esta primera novela) el narrador resalta que fue el propio Ursúa quien se los contó. Además, el narrador también recoge otras historias llegadas a Ursúa por medio de otros personajes, que habían ido llenando su joven cabeza de aventuras y tesoros escondidos. De ellos, su criado indio Oramín y el fraile-poeta Juan de Castellanos son los más importantes. El primero es un personaje inventado pero perfectamente verosímil (Ospina afirma que "existió, aunque seguramente no tuvo ese nombre") y el segundo es un personaje real, autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias,* que conoció personalmente a Ursúa. A través de ellos Ursúa conoce la leyenda del hombre dorado, los tesoros escondidos de los muiscas y las expediciones de Alfínger, Federman, Robledo, Jiménez de Quesada, Belalcázar, los Pizarro y otros.

Por encima de todas las historias que llegan a oídos de Ursúa y de las que él mismo protagoniza, el narrador introduce acotaciones, frecuentemente antecedidas por un "veo", sobre las consecuencias futuras de cada acontecimiento, como si en cada instante del presente estuviera implicado todo lo que será y todo lo que podría haber sido. Esta dimensión meta-histórica es en gran medida posible gracias a que los personajes cuentan historias personales (las suyas o las que a ellos les han contado) que se mezclan con los principales acontecimientos de la conquista de Amé-

13. Rese as 24.1.fm Page 193 Monday, June 25, 2007 1:07 PM

rica. De alguna manera, sus historias son la historia. En el caso del personaje de Ursúa, su futuro se le manifiesta en sueños que el indio Oramín le ayuda a descifrar, convirtiéndose en un hombre obsesionado por el destino; lo que da pie a Ospina para avanzar y retroceder en la línea del tiempo, anticipando hechos que dan un plus de sentido a sus acciones. Ospina aprovecha el hecho de que tan sólo conociendo el futuro se pueden saber todas las consecuencias de un acto, para generar un suspense que refuerza la dimensión simbólica del relato. Por su parte, el narrador mestizo, además de servir de altavoz a las interpretaciones históricas de Ospina, acapara en sí mismo una buena parte de los hechos históricos reflejados en la novela. De nombre desconocido, hijo de un conquistador del Perú y una nativa antillana, discípulo de González de Oviedo, integrante de la primera navegación del Amazonas y consejero del virrey del Perú y de Ursúa, en un momento de la novela afirma: "la historia de la conquista del Perú es también la mía". Siguiendo con la lógica simbólica que estructura el relato, ese "mía" englobaría también a Ospina y a cualquier lector sudamericano, con lo que la biografía de Ursúa se convierte en el relato de los orígenes de un mundo nuevo, ni europeo ni indígena sino americano.

Para ser efectivo, un relato sobre los orígenes necesita un tiempo y un espacio primigenios, difíciles de ubicar cronológica y geográficamente. La prosa poética de Ospina (ganador en 1992 del Premio Nacional de Poesía del Instituto Colombiano de Cultura) siembra las descripciones del libro de imágenes y metáforas que dan un tono épico-lírico a la historia. Como sucede en otras novelas históricas hispanoamericanas, los pueblos indígenas (y sobre todo sus mujeres) aparecen descritos con un cierto exotismo, que los vuelve atractivos y distantes y que los sitúa fuera del tiempo y el universo cultural europeos. Sin embargo Ospina, lejos de colocar a los indígenas en un pedestal intocable, muestra a través de las historias de los informantes de Ursúa (principalmente Oramín y Z'bali, la amante india de Ursúa) cómo un buen número de leyendas autóctonas fueron re-interpretadas por los conquistadores, generando mitos mestizos como el de El Dorado. Ospina consigue impregnar de misterio al espacio americano, aproximándolo al modo en que lo veían sus habitantes en el siglo XVI: un espacio que "nace más de la experiencia que de los mapas".

Sin dejar de ser una novela, el objetivo de *Ursúa* no es juzgar la conquista (aunque es muy crítica con algunas acciones de los conquistadores) sino recoger en torno a un hilo conductor ficticio una serie de historias reales, inspiradas en las crónicas de Indias, que transmiten al lector actual la experiencia de los hombres que forjaron la América hispánica. "Eran los testigos ilustres del nacimiento de un mundo", […], "al final no triunfamos los humanos, al final sólo triunfa el relato", afirma un narrador que parece haberse convertido en la historia misma. Una historia entendida como relato de hechos vividos. Así, pese a la preponderancia en la trama del narrador mestizo (él es quien escribe la historia), su relato se mueve en el mismo nivel de experiencia que los demás personajes. Cuando el narrador le cuenta a Ursúa cómo fue su llegada a la isla Margarita tras recorrer durante meses la selva amazónica, éste le sorprende con detalles precisos sobre ese momento (llegados a él

13. Rese as 24.1.fm Page 194 Monday, June 25, 2007 1:07 PM

vía Castellanos) que el narrador no recuerda: "Yo estaba confundido". "¿Qué quieres demostrarme?", le dije. "¿Cómo lo supiste? Eso no lo cuentan siquiera las memorias del capitán Orellana". "Es que podían advertirlo mejor los hombres que lo vieron llegar a las islas", dijo sonriendo, y se inclinó hacia mí para precisar: "un barco dos días después del otro". "Ya veo" le grité "viviste en la isla de las perlas y ahí te contaron todo eso". "Nunca estuve allí", dijo mirándome fijamente, "pero conocí a alguien que sí estuvo, que habló con Orellana y con fray Gaspar de Carvajal y a lo mejor contigo" (452).

Al llegar a Margarita, con toda su experiencia sobre sus propias vidas, los hombres de Orellana, entre los que iba el narrador mestizo, no podían ver su barco desde el puerto ni calibrar el efecto que producían sus famélicos cuerpos y sus noticias en los habitantes de la isla. En una historia cuya autoridad se basa en la experiencia no puede existir un relato hegemónico porque los "hechos" son un fenómeno inter-subjetivo.

En una "Nota" al final del libro, Ospina afirma que "los hechos que se cuentan son reales y casi todos los personajes lo son también" [...] "son hechos históricos narrados por un personaje de ficción". A continuación, enumera las licencias tomadas en aras del buen funcionamiento de la trama y cita algunos cronistas de Indias e historiadores modernos con quienes se siente en deuda. Una aclaración de este tipo, aparentemente superflua en una novela, no se entiende si no es para resaltar el carácter testimonial de la historia narrada. Su interés por transmitir la experiencia de los protagonistas le lleva a "inventar" sólo cuando es estrictamente necesario (tratando de hacerlo de la manera más verosímil posible) y a imitar algunas de las características de las crónicas de Indias. Las largas listas de nombres propios, el uso de la primera persona, el estilo semi-oral, la minuciosidad de los detalles y el rigor en la cronología, la alusión a los entresijos jurídicos y a verbos como ver, oír y contar, todas ellas son estrategias destinadas a constituir lo que M. de Certeau ha llamado el discurso de lo verdadero. Lo mejor de todo es que esas anécdotas, nombres, fechas y testimonios son realmente verdaderos, entendiendo por verdadero el hecho de transmitir la experiencia de alguien, ya que están sacadas de cronistas como Pedro Simón y Juan de Castellanos, que las tomaron de informantes y de relaciones escritas por los propios conquistadores.

En el caso de Castellanos, a quien Ospina estudió en su libro *Auroras de Sangre* (Barcelona, Norma, 1999), hace algo más que reproducir información o imitar un estilo. Como afirma en la "Nota" final, no solo lo introduce como uno de los personajes de la novela sino que pretende recuperar su espíritu: "[el narrador] conjuga la experiencia de varios veteranos de la expedición de Orellana, que volvieron después con Ursúa al Amazonas, y la personalidad de Juan de Castellanos" (473). En la novela, la relación entre el narrador y Castellanos no termina de quedar clara (el narrador cita unas palabras que dice haber oído a Castellanos, pero se sorprende cuando Ursúa le aporta los detalles de Castellanos sobre su propia llegada a la isla Margarita). Sin embargo, la interpretación de la conquista de América como el parto

13. Rese as 24.1.fm Page 195 Monday, June 25, 2007 1:07 PM

violento de un mundo nuevo que se siente como propio, que en *Ursúa* aparece en boca del narrador mestizo, coincide con el análisis de las *Elegías* de Castellanos llevado a cabo en *Auroras de Sangre.* Sin entrar a valorar hasta qué punto el Castellanos invocado por Ospina es el verdadero Castellanos o la proyección de sus propios ideales o una combinación de ambos, lo que es evidente es que el respeto al contexto histórico y a los testimonios originales no resta un ápice de interés a la trama sino al contrario, como lo demuestra el éxito comercial de la novela, con más de 50000 ejemplares vendidos, sólo en Colombia, entre septiembre 2005 y enero 2006.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Llera, Luis de. *Filosofía en el exilio: España redescubre América*. Madrid: Encuentro, 2004. 223 pp. (isbn: 84-7490-753-5)

A pesar de que las contribuciones sobre el pensamiento y la cultura del exilio español empiezan a ser numerosas, empezando por el volumen de José Luis Abellán, *Filosofía española en América (1936-1966)* y pasando por los ensayos más recientes, siguen quedando lagunas sobre el tema. En efecto, algunas personalidades de la filosofía desterrada no son del todo conocidas y además permanecen acerca de ellas algunos tópicos difíciles de eliminar. La imagen de un éxodo, que aunque lleno de dolor, se siente también feliz al encontrar a la otra orilla del charco –a menudo en México– un nuevo mundo en el que edificar una nueva vida, es sin duda el lugar común en el que muchas veces tropieza el lector de monografías sobre estas cuestiones. A esto hay que añadir el éxito editorial que unos autores como José Gaos y María Zambrano, por múltiples razones, tuvieron en estos últimos años a diferencia de otros, quizás con menor renombre, que no pudieron ni siquiera hacer oír sus voces ni fundar una escuela de pensamiento en el nuevo ámbito americano. El autor de *Filosofía en el exilio: España redescubre América* logra escaparse de esos tópicos y desentrañar las enmarañadas relaciones entre vida y obra de los filósofos desterrados, olvidados a veces no solo por España sino incluso por el país que los acogió.

Luis de Llera, profundo conocedor de las relaciones entre el pensamiento español e iberoamericano, como lo demuestran sus numerosos escritos sobre el tema publicados tanto en Italia (donde desde hace más de veinte años vive y trabaja actualmente como catédratico en la Universidad de Génova) como en España y América, es también autor, junto a Rosa María Grillo, Paola Laura Gorla y Milagrosa Romero, del volumen *El último exilio en América 1936-1939* (Madrid: Mapfre, 1996). El autor ha evitado, tanto en esta obra como en la recién publicada, ofrecer al lector ideas de fácil y afortunado éxito divulgativo, preferiendo en su lugar un recorrido crítico en el complejo episodio de la historia de España. A través de seis trabajos, publicados en estos últimos años en Italia y España, ordenados en una continuidad sin interrupciones ni cambios de estilo, justificando así los dos bloques